

# Atenea

Revista Bimestral de Ciencias, Letras y Artes  
Publicada por la Universidad de Concepción (Chile)

---

Año XXXIII - Julio - Agosto de 1956 - Núm. 371

---

## Puntos de vista

MAX JARA, PREMIO NACIONAL DE  
LITERATURA

*LOS escritores no se extrañaron por el otorgamiento del Premio Nacional de Literatura, correspondiente a 1956. Max Jara es un poeta de calidad indiscutible, el artífice de una producción escasa; pero selecta, sustentada en la exigencia de una rigurosa emoción. Su poesía aristosa, tierna, rítmica, impregnada de humildad, es el contraste de una naturaleza retraída, olímpica, con dos fuerzas en continua pugna: la inteligencia y la sensibilidad. ¿Dónde habría que buscar las causas de esta posición algo enfática ante la vida y el arte? Además de los factores temperamentales que influyen la conducta de un hombre, es preciso inquirir la raíz ambiental que malogra o estimula sus apasionadas inclinaciones. Max Jara, hombre de la provincia, nacido en Yervas Buenas, de Linares, hace ya setenta años, es un ejemplar típico de nuestro país. Tras-*

ladada su receptibilidad poética al plano de la artesanía, habría que pensar en esos “maestros” de producción escasa, pero esmerada, rígidos en su idea de la vida y de sus fenómenos de relación. De ahí tal vez la sorpresa que han producido en nuestro ambiente —orientado por circunstanciales mentores— las declaraciones del poeta. Max Jara aprecia a Pablo Neruda en su obra de juventud, en el período más inconfundible de su romanticismo, no valoriza la cotidiana euforia poética de Walt Whitman y ve en Pablo de Rokha un fenómeno humano cuya fuerza singular se ha distendido malográndose. ¿Qué exigencia prima entonces en Max Jara para con el arte y concretamente para la poesía? Una concordancia emocional entre fondo y lenguaje; nadie está más convencido que él de que un poeta puede immortalizarse por un verso. “Ojos claros, serenos, si de un dulce mirar sois alabados, — ¿por qué, si me miráis, miráis airados?” “Fonte-frida, fonte-frida, fonte-frida y con amor, do todas las avecicas van tomar consolação, si no es la Tortolica que está viuda y con dolor . . .” Aparte de este sentido antirretórico que ve en el verbo un instrumento de posibilidad limitadísima para dar la nota justa, pudiera advertirse una cerrazón en el universo del poeta. No en balde Jara ha cantado a los hechos minúsculos, a los sentimientos más comunes, ansioso sí de dar a su canto la nota de universalidad que su misma temática tolera.

*Desde aquella primera mujer que poseíste,  
juventud, te tornaste pensativa y doliente,  
y aunque tal vez hoy día ha tiempo que no existe,  
vas sintiendo su beso desmayado en la frente.*

*Los blancos llamamientos de sus brazos tendidos,  
la ávida voluntad de su seno vibrante,  
moldearon a su imagen tus frágiles sentidos:  
a su triste destino mi suerte es semejante.*

*Si voz de esa mujer por mi noche cruzara,  
se aplacaríá esta ansia de morir en desierto.  
¡Olvido de vivir, vibrante en la voz clara  
de la sola mujer para la cual no he muerto!*

*El hombre llevado a la universalidad abstracta de su vivencia, la expresión lírica quintaesenciada en la síntesis, no son asuntos para la condición lírica de Max Jara. Pero como aparte de los elementos sensibles que modelan la contextura de un poeta, Jara es un hombre de alta inteligencia, se produce una inconformidad entre la observación racional y las posibilidades del estro. De ahí deriva, a nuestro juicio, su retraimiento, su terquedad que algún observador certero pudiera considerar la caparazón de un ánimo hipersensible.*

*La poesía de Pedro Antonio González con quien Max Jara es pariente; su amistad fraternal con Carlos Mondaca hacia cuya personalidad humana y artística, mantiene una devoción inquebrantable, sus estudios de*

*medicina, su oficio manual de zapatero, en tiempos de urgencia económica, su ingreso a la burocracia universitaria, cornisa que cobijó también a Baldomero Lillo, conforman la estatura poética de Max Jara.*

*Es probable que el ejercicio de la poesía consista sólo en el testimonio de una experiencia humana más desgarradora que la afrontada por el común de los mortales. Del poeta Pedro Antonio González daba Max Jara una fisonomía muy diversa a la que han publicado veloces panegiristas. No era —según Jara— un bohemio que vivía alcoholizado y dejaba en el piso de su buhardilla los originales de sus poemas, entre colas de cigarros y goterones de vino. González bebía lentamente como cualquier mortal, poseía una cultura clásica, con dominio del latín y del griego, hablaba en voz baja y hacía citas mitológicas por que así era el lenguaje forjado por su cultura; pero cautelaba los originales de sus trabajos como todo artista responsable de su obra. Con razón ha sostenido Max Jara, en el círculo afectuoso de sus íntimos, que Pedro Antonio González realizó el modernismo en Chile, cuando se abrían concursos literarios para recibir trabajos a la manera de Núñez de Arce, Bécquer y Espronceda y don Eduardo de la Barra imitaba, con servilismo desconcertante, las producciones del autor de las “Leyendas”.*

*Las lecturas predilectas de Max Jara no han convergido necesariamente en la poesía. Anatole France, Pérez Galdós, Eça de Queiroz en la novelística; Leopoldo Lugones en la poesía. Consideraba al poeta ar-*

*gentino un lírida de acento más alto que el propio Rubén Darío, olvidando que la poesía es ante todo una capitalización de experiencias y que si Lugones poseyó una mayor cultura que Darío, este último fué innovador en el estricto sentido de la palabra, tanto como Boscán, pues dió otra eufonía, otra perspectiva al viejo lenguaje castellano. Premunido de estos arraigados juicios estéticos, conformada su naturaleza para mirar la vida cara a cara, animoso por filtrarla con su sensibilidad ultra tensa, Max Jara realizó su obra. Desde su primer libro JUVENTUD, 1909, hasta POEMAS SELECTOS, 1942, transcurre una existencia completa y con ella la certidumbre de que la poesía auténtica es oficio trágico, suficiente para agostar la vida impetuosa de un hombre. Sin embargo, el rigor expresivo de Max Jara, llevado al extremo de tornar la expresión en conjunto como una tonalidad monocorde, ha poseído la virtud de proyectar su poesía en el tiempo, asida a la inestable memoria humana que viene a ser el único laurel de la literatura. El nombre de Max Jara, familiar a los celadores de la obra artística chilena, está unido a una expresión honda y humana, a cierta gracia y macilencia ancestrales identificables con nuestro temperamento.*

*La vida de estos países jóvenes, la escasez de un público lector, las dificultades editoriales, impiden el sostenimiento activo de una obra artística; estos factores, al parecer, contrarios recogen al poeta en sí mismo, como si su presencia no fuera flor de las grandes urbes y nos dan estos solitarios recatados, cantores de las cosas*

*mínimas, en lugar de entregarnos un PARAÍSO PERDIDO o un FAUSTO. Este hecho viene a comprobar asimismo que la expresión artística es reflejo de una nacionalidad forjada y que no puede pedirse —como sostenía Lastarria— literatura adosada en simples academias retóricas.*

*Max Jara, chileno en el más puro sentido de la palabra, lleva sobre sí el Premio Nacional de Literatura con naturalidad airosa; su contención, la brevedad de su poesía, la humildad y hurañez de sus emociones, la perfección escueta de su obra, se confunden con el aire de Chile.*